HOMBRE Y CULTURA

la obra de bronislaw malinowski

r. firth / e.r. leach / l. mair / s.f. nadel / t. parsons y otros



siglo veintiuno editores

4a. edición

INTRODUCCION: MALINOWSKI COMO CIENTIFICO Y COMO HOMBRE

Raymond Firth

Hemos escrito este libro porque algunos de nosotros llevamos largo tiempo pensando que la obra de Bronislaw Malinowski no ha recibido toda la atención que merece. La suya ha sido una de las influencias más sobresalientes en la conformación de la antropología social británica de hoy. Ya han pasado más de diez años desde su muerte y ha llegado el momento para una nueva evaluación de su contribución. Indudablemente, sus logros han sufrido los efectos de su temprana muerte. Si hubiera vivido una década más, su habilidad dialéctica, por no mencionar siquiera la riqueza de su mente creadora, habría sabido encontrar respuestas para sus críticos y habría podido aprovechar los comentarios de éstos. Pero aunque muchos de tales comentarios hayan estado justificados, eso no significa en absoluto que todos lo estén, ni disculpa el que algunas veces se silencie su obra donde sería de justicia mencionarla.

Responsables de todo ello parecen ser especialmente tres factores. El primero, que el clima de opinión, especialmente en la antropología social británica, cambió radicalmente en los quince años transcurridos después de marchar Malinowski de Inglaterra. En parte esto se debió a la influencia de Radcliffe-Brown y en parte a la creciente consciencia de la necesidad de una perspectiva más claramente estructural que diera mayor precisión a muchas generalizaciones antropológicas. Malinowski no fue un estructuralista en sentido estricto, y la estima que su obra inspiraba se resintió de la comparación. En segundo lugar, las contribuciones analíticas de Malinowski a la antropología fueron mucho más sólidas que sus contribuciones sistemáticas. Su concepto de función no llegó a desarrollarlo plenamente. Y en sus intentos de crear un sistema que tomara cumplidamente en cuenta su propio concepto de cultura se lastró a sí mismo con una construcción teórica difícil, poco manejable y en cierta manera improductiva. La tercera razón está en que las cualidades personales de Malinowski le crearon tantos enemigos como amigos. Su intolerancia con lo que él consideraba impostura o falta de sin-

ceridad, su impaciencia con las críticas que no le parecían leales, su hipersensibilidad a los desaires personales y su relativa insensibilidad para los efectos que su exuberancia producía en los demás, todo propendía a granjearle hostilidades. Por eso es difícil creer que muchas de las críticas a la obra de Malinowski, aunque en sí mismas justificadas, hayan sido escritas con entera ecuanimidad.

Un resultado de todo ello ha sido que Malinowski se ha convertido en una especie de leyenda para quienes no lo conocieron. Su nombre sigue siendo grande en la historia de la antropología. Pero así como su reputación como soberbio etnógrafo de campo se ha mantenido, se ha dejado en el olvido su fama como un maestro realmente grande en la tradición socrática y no se han estimado en todo su valor sus logros al crear una perspectiva nueva y durable para la antropología. Indudablemente, la aridez de la *Kulturkreislehre* y las fantasías del panegipcianismo se habrían corregido y superado a su debido tiempo, incluso sin él. Pero para la generación más joven de antropólogos, al menos en Europa, fue él quien al final de los años veinte luchó y ganó esa batalla. Y aunque todo ello sea ahora historia sin interés, quienes entonces éramos estudiantes sabemos qué formidables adversarios eran Elliot Smith y el padre Schmidt y sus prosélitos. Y éste fue meramente un incidente adjetivo en la tarea principal que Malinowski se había propuesto —una interpretación dinámica de la conducta humana en el ámbito más amplio de las circunstancias culturales, hecha en términos que eran a un tiempo más sofisticados teóricamente y más realistas que los entonces en uso. En aquel momento era tradición que un antropólogo fuera primariamente o un teórico o un etnógrafo y que la teoría se mantuviera, y debiera mantenerse, separada de los hechos. Parte de la contribución de Malinowski fue no sólo combinarlos, sino además mostrar cómo los hechos carecían de sentido sin teoría y cómo cada uno de ellos —teoría y hechos— no podía sino ganar en significación, poniéndolos conscientemente en mutua relación [1]. El fuerte andamiaje teórico que Malinowski construyó a lo largo de quince años se ha mostrado al cabo incapaz de soportar el peso sistemático que él deseaba que sostuviera. Pero mucho de ello es todavía útil, y ha sugerido abundantes ideas a otros que con frecuencia no reconocen su fuente de inspiración.

La leyenda de Malinowski toma a veces una forma extraña, tal y como se expresa en esta respuesta de un estudiante en un examen: «Dadas sus ideas, Malinowski no hizo abstracciones y fue

[1] La separación de la inferencia y la observación, que él decía deber a Haddon, Rivers y Seligman (1922*a*, p. 3 n.), se apoyaba en su caso en su comprensión teórica del sentido de los hechos (1916, pp. 418 y ss.).

en el mejor de los casos un teórico desorientado.» Semejantes distorsiones de su posición teórica ignoran su aguda preocupación por cuestiones de metodología y más aún su interés general por los temas filosóficos. Pero lo peor es que se les escapa un punto importante. Pues la gran cuestión, naturalmente, es: ¿por qué, si sus teorías eran tan inadecuadas, su influencia sobre sus discípulos fue tan profunda? Los artículos de este libro ayudarán a mostrar dónde se encuentran las respuestas a esta pregunta.

Bronislaw Kaspar Malinowski nació el 7 de abril de 1884 en Cracovia y murió el 16 de mayo de 1942 en New Haven. Sólo brevemente mencionaremos aquí los principales episodios de su vida, que han sido relatados ya en varios artículos (véase Bibliografía II al final de este volumen).

Malinowski se educó en Cracovia, primero en la escuela pública Rey Jan Sobieski, y después en «la más antigua Universidad de Europa oriental», donde obtuvo su doctorado (con *summa cum laude*) en 1908. El grado le fue otorgado en física y matemáticas, pero una enfermedad le impidió continuar sus estudios en esas especialidades. Durante ella se le permitió que leyera *Golden Bough, La Rama Dorada.* Absorto y sujeto para siempre en aquel su primer intento de leer una obra maestra inglesa (entonces sólo en tres volúmenes), en su lengua original, Malinowski se consagró a la antropología. Al mismo tiempo adquirió una admiración por Frazer, que, a pesar de la fundamental diferencia de sus puntos de vista, perduró a lo largo de toda su carrera y se expresa en un inteligente ensayo publicado póstumamente (1944, pp. 179-221). Tras un período en Leipzig, donde trabajó con Karl Bücher y Wilhelm Wundt, Malinowski llegó a Inglaterra en 1910. En la London School of Economics comenzó sus estudios de posgraduado y en ella obtuvo su doctorado en Ciencias en 1916, con dos obras impresas sobre los aborígenes australianos y sobre los mailu (1913*a y* 1915*a*). En 1913-14 fue uno de los «conferenciantes sobre temas especiales» de la Escuela de Economía de Londres. Enseñó en el Departamento de Sociología, dando breves cursos sobre «Religión primitiva y diferenciación social» y sobre «Psicología social». En 1914, en gran medida gracias a la ayuda de C. G. Seligman, le fue concedida una beca de viaje Robert Mond (Universidad de Londres) y una beca Constance Hutchinson de la Escuela de Economía de Londres, y partió para emprender trabajo de campo en Nueva Guinea. Hizo su viaje vía Australia, en compañía de otros antropólogos que se dirigían a la reunión de la Asociación Británica que había de tenerse en Melbourne. Fue en esa ocasión cuando por primera vez coincidió con Radcliffe-Brown (que entonces se llamaba todavía A. R. Brown), recibiendo de él indicaciones sobre el trabajo de campo que más

tarde calificó de «valiosas». Al llegar a Nueva Guinea en septiembre de 1914 pasó unas cuatro semanas en Port Moresby, en espera de un barco que se dirigiera hacia el Este, y aprovechó ese período para trabajar con Ahuia Ova, antiguo informante de Seligman. Tras varios meses con los mailu, Malinowski volvió a Australia en febrero de 1915, haciendo una visita de paso a la isla Woodlark. Con ayuda de Seligman superó ciertos apuros económicos, y en mayo de 1915 volvió a Nueva Guinea con el apoyo del Departamento de Melbourne de Asuntos Extranjeros de la Commonwealth. Su intención era ir a Mambare y a Dobu, así como a la isla Rossel, que Seligman deseaba que investigara. Pero se detuvo en las Trobriand, dado que, al parecer, las gentes con quienes había contado en aquellos otros lugares habían cambiado de residencia. Su experiencias de campo en las Trobriand, en sus dos expediciones, se examinan en otro lugar de este mismo volumen (pp. 92-96).

Después de su retorno definitivo a Australia, en octubre de 1918, Malinowski vivió por algún tiempo en Melbourne, donde se casó con Elsie Masson, la hija de Sir David Orme Masson, entonces profesor de Química en la Universidad de Melbourne. A su vuelta a Europa, amenazado de tuberculosis, Malinowski vivió con su mujer durante cerca de un año en las Canarias, en Tenerife, y allí está fechado el prefacio a sus *Argonautas del Pacífico Occidental*, en abril de 1921. Nuevamente aceptó un puesto como conferenciante ocasional en la Escuela de Economía de Londres en 1921-22, esta vez en etnología, dando dieciocho conferencias sobre «La sociología y la economía de algunas comunidades isleñas» (los trobriand), todas en el semestre de verano, es decir, a mediados de 1922 —aunque parece haber dado un curso similar en el verano de 1920. En 1922-23 fue nombrado conferenciante de antropología social y dio breves cursos en el semestre de verano sobre «Creencias primitivas y diferenciación social», «Organización social de los aborígenes australianos» y «Economía de los pueblos primitivos». Asimismo, en colaboración con Morris Gingsberg, dirigió un seminario sobre «Mentalidad primitiva». A partir de 1922 y por cerca de veinte años, Londres fue su hogar académico, aunque viajó mucho, especialmente durante los meses de verano. En el continente dio conferencias en Ginebra, Viena, Roma y Oslo; visitó otras capitales europeas; por algún tiempo, durante el permiso sabático de 1931-32, vivió en Temaris, en el sur de Francia. Durante muchos años, hasta su muerte, tuvo una villa en Oberbozen (Soprabolzano), en el Tirol meridional, de cara a las Dolomitas, en las montañas de Rosengarten, Latemar y Schlern, en lo que en su opinión era el más bello paisaje de Europa. En 1924, Malinowski fue nombrado profesor de antropología en la Universidad de Londres (para explicar en la Escuela de Econo-

mía de Londres), y en 1927 ocupó la primera cátedra de antropología en la Universidad (Seligman tenía la cátedra de Etnología). En mayo de 1934 Malinowski partió para Africa del Sur para participar en la New Education Fellowship Conference, y desde julio hasta octubre viajó por el sur y este de Africa, visitando a sus discípulos que hacían trabajo de campo y haciendo él mismo trabajo antropológico de prospección entre los swazi, bemba, chagga, masai, kikuyu y maragoli.

En 1926 había visitado los Estados Unidos por primera vez, invitado por el Laura Spelman Rockefeller Memorial. Aprovechó aquella oportunidad para visitar a algunos de los indios pueblo, regresando con la confesión de que por fin había encontrado idiomas que eran realmente difíciles de aprender, incluso para él. Volvió a los Estados Unidos en 1933 para pronunciar las conferencias Messenger en la Universidad de Cornell, y de nuevo en 1936, como representante de la Universidad de Londres en el tercer centenario de la Universidad de Harvard, que le concedió en aquella ocasión el título de *Doctor honoris causa*. Nuevamente regresó a los Estados Unidos en 1938, durante un permiso sabático. Esta vez permaneció en Norteamérica durante tres años y medio, hasta su muerte. Durante la primera parte de esta su última estancia vivió en Tucson (Arizona), para fortalecer su salud, que llevaba muchos años siendo bastante delicada. Para el curso 1939-40 fue nombrado profesor visitante en Yale, y posteriormente, a partir de septiembre de 1940, profesor visitante del museo Bishop en Yale, un nombramiento hecho en virtud de un acuerdo entre la Universidad de Yale y el museo Bernice P. Bishop, de Honolulú. Un compañero de estudios de su hija menor preguntó en aquella ocasión, para regocijo de Malinowski, si era cierto que éste era un profesor de Yale que visitaba al obispo de Honolulú. Este nombramiento le fue renovado para el curso siguiente. En las vacaciones de 1940 y 1941, durante ocho meses en total, llevó a cabo trabajos de campo entre los zapoteca de Oaxaca, en Méjico, estudiando su sistema de mercados campesinos. A comienzos de 1942 fue nombrado profesor numerario de Yale con efectos de primero de octubre de 1942. Murió antes de tomar posesión.

En este volumen debe hacerse mención específica del lugar de Malinowski dentro de la antropología británica, en la que durante veinticinco años fue una figura destacada. Cuando llegó a Londres aquel pálido estudiante con sus gafas, su alta frente y su difícil nombre eslavo, inicialmente se le miró como una figura extraña. Pero su inglés era bueno, y como era capaz de expresar sus ideas con facilidad, fue pronto reconocido como un antropólogo muy prometedor, de grandes dotes intelectuales. En un principio trabajó sobre

todo con C. G. Seligman y con Westermarck. A Seligman en particular Malinowski le debía mucho, tanto por sus enseñanzas antropológicas como por su amistoso apoyo y ayuda en el campo académico y fuera de él. En los últimos años se separaron, en gran parte a causa de sus divergentes concepciones del fin y la meta de la antropología. Pero sus primeras relaciones fueron muy profundas. En 1914, cuando Malinowski estaba en Nueva Guinea, se refería a Seligman en sus cartas llamándole, sólo a medias en broma, kakagu, que en Motu significa «mi hermano mayor» en el sentido clasificatorio, y en 1941, después de la muerte de Seligman, escribió de los muy cálidos recuerdos que guardaba de él en aquel primer período y de cómo Seligman era un hombre extraordinariamente amable y una mente y una personalidad estimulante de muchas maneras. La deuda de Malinowski para con Seligman por el apoyo que éste le prestó durante sus trabajos de campo la reconoció él públicamente en varias ocasiones (e. g. 1915*a,* p. 496; 1916, p. 354; 1922*a,* p. XIX). En una de sus cartas, en un momento en que llevaba ya un mes en Nueva Guinea trabajando con Ahuia Ova y preveía que había de tropezar con dificultades financieras, le escribió, y es significativo que lo hiciera: «Espero que este idilio no encuentre un final prematuro por falta de dinero y que la Escuela de Economía no resulte una roca estéril o, por lo menos, que Vd. muestre ser el Moisés capaz de golpear esa roca... Quiero decir que el trabajo se ha apoderado ya de mí y que me disgustaría no poder llevarlo a feliz término...»

Con Westermarck, en particular, Malinowski se sentía ligado por un lazo intelectual. Aunque a veces se excedía en sus reconocimientos, cuando un cuarto de siglo más tarde recordaba a «Edward Westermarck, a cuyas enseñanzas personales y a cuyas obras debo más que a ninguna otra influencia científica» (1937*a*), no eran las suyas palabras vacías. El primer ensayo de importancia que Malinowski escribió en inglés (1912*a*), una contribución al estudio de la economía de los primitivos australianos, apareció en el volumen conmemorativo dedicado a Westermarck al cumplir éste los cincuenta años, y Westermarck escribió una recensión del libro de Malinowski sobre *The Family among the Australian Aborigines,* con entusiasmo, diciendo de él que desde un punto de vista metodológico era «un modelo que debe ser imitado en todas las investigaciones futuras del mismo tipo».

Pocos años después de su llegada a Londres, Malinowski había extendido grandemente sus relaciones con los antropólogos británicos. Llegó a tener amistad con C. G. y B. Z. Seligman, Frazer, Haddon, Rivers y Marett. Intercambió ideas con G. C. Wheeler (colaborador como él del *Festskrift,* de Westermarck, que además

le ayudó en la redacción del libro sobre la familia entre los aborígenes australianos), con María Czaplicka (la lúcida compatriota suya, autora de un libro sobre los aborígenes de Siberia, muerta en circunstancias trágicas) y con Barbara Freire-Marreco (Mrs. B. W. Aitken, de Oxford, que había hecho ya trabajo de campo entre los indios pueblo). En aquel tiempo, la antropología era todavía primariamente una disciplina general, enciclopédica. Malinowski no hacía antropología física ni arqueología. Pero tanto entonces como más tarde estaba preparado para saber observar y describir los procesos tecnológicos si ello parecía de algún modo contribuir al análisis y a la comprensión de las relaciones sociales. Prueba de ello la dan sus obras sobre los mailu y los trobriand, las mediciones de viviendas que hizo para Audrey Richards entre los bemba en 1934 (Richards, 1950*b*, p. 88) y el artículo sobre útiles de piedra en el volumen conmemorativo dedicado a Seligman (1934*b*), si bien éste tuvo más bien el carácter de un alarde. Pero sus intereses volvían siempre a la antropología social. Por eso la obra de W. H. R. Rivers había de ejercer sobre él una influencia considerable, aunque la mirara con reservas críticas. En la introducción a *Kinship and Social Organization,* fechada en noviembre de 1913, Rivers reconoce y agradece las sugerencias que le hizo Malinowski. Al volver Malinowski de su trabajo de campo, después de haber estudiado de primera mano las realidades de los sistemas de parentesco, comenzó a reaccionar cada vez con mayor fuerza contra las opiniones de Rivers y a compararse y a contraponerse a él. En aquella época las obras de otro gran polaco expatriado, Joseph Conrad, estaban muy de moda. Mrs. B. Z. Seligman me ha contado que Malinowski dijo una vez orgullosamente: «Rivers es el Rider Haggard de la antropología; yo seré el Conrad.» Pero poco después de la muerte de Rivers, Malinowski, que antes había elogiado su introducción del método genealógico y su estudio sistemático de las funciones del parentesco, todavía le citaba (1922*b,* p. 218) como uno de los mejores autores modernos, el que más consecuente y explícitamente que ningún otro había contribuido a desplazar el foco de la atención científica de los detalles curiosos y aislados a grupos comprensivos de ideas fundamentales.

Durante largo tiempo, en el campo de la antropología social británica, Malinowski fue uno de los hombres que mejor conocían la producción científica europea continental. Sus primeras, tempranas y extensas lecturas de fuentes etnográficas, sus conocimientos lingüísticos, tanto de la palabra hablada como de la escrita y sus muchos viajes, combinados con su penetración teórica, le proporcionaron un gran número de conocimientos. Aunque en sus últimos años él personalmente leía poco, era costumbre suya distribuir li-

bros para lectura y posterior discusión con él, con lo que mantuvo al día su antigua erudición. Sus referencias a Cunow, Schurtz, E. Grosse, Graebner, Hahn, Van Gennep, Ehrenreich, Nieboer, K. T. Preuss y otros escritores hoy casi olvidados dan prueba de su dominio teórico del contenido de sus obras y no son una mera exhibición de erudición.

En varios pasajes (e. g. 1913*a,* pp. VII-IX; 1913*b,* p. 531; 1916, p. 423*n*; 1925*a,* p. 23; 1933, p. 154; 1944, pp. 19, 25, 26) Malinowski reconoció su deuda respecto de Durkheim y Steinmetz, junto con Westermarck, como fundadores y líderes de la sociología, especialmente en tanto que concebían a ésta como una ciencia «empírica, es decir, real». La impresión que le causaron Karl Bücher y Wilhelm Wundt y posteriormente Marcel Mauss y Richard Thurnwald es muy bien conocida, como también lo es su adversa reacción ante la obra de Wilhelm Schmidt y otros autores de la *Kulturhistorische Schule,* así como a la de Lévy-Bruhl. También leyó a Max Weber (por ejemplo, 1925*b,* p. 930), aunque hizo poco uso de su obra. Entre otros elementos que condicionaron su pensamiento hay que contar las influencias de L. T. Hobhouse, James B. Watson y W. McDougall y, muy especialmente, la de A. F. Shand. En el tiempo en que yo conocí a Malinowski, el libro de Shand *Foundations of Character,* en el que se presenta la teoría de los tres órdenes de sistemas —impulsos, emociones y sentimientos— era uno de sus libros de cabecera y contribuyó mucho a la formación de sus opiniones sobre la familia y el parentesco, así como sobre la naturaleza de las instituciones. Con el paso del tiempo llegó a conocer personalmente a numerosos estudiosos de diversas especialidades en el mundo entero, ayudado en esto por su habilidad para conversar con la mayor parte de ellos en sus propias lenguas. Por no hablar sino de Inglaterra, Malinowski cooperó con, influyó en y sufrió la influencia de un extenso número de autores cuya lista incluye a Richard Gregory, Havelock Ellis, A. H. Gardiner, Julian Huxley, C. K. Ogden, Cyril Burt, C. S. Myers, J. C. Flugel, W. Powys Mathers, G. H. L.-F. Pitt-Rivers, J. H. Oldham, todos los cuales estaban interesados desde diferentes ángulos en las amplias implicaciones humanas de la ciencia que Malinowski cultivaba. Durante bastante tiempo estuvo en íntimo contacto con la obra del British Social Hygiene Council, dio prudentes consejos a los fundadores del Mass Observation y fue responsable del primer programa de entrenamiento para el trabajo antropológico de campo del International African Institute. El consideraba la suya como una ciencia cuyo papel era el de ser «primera doncella de una teoría de la sociedad humana»; pero comprendía también la trascendencia que podía tener en los asuntos humanos «una teoría que intentaba

lograr una comprensión más profunda de la naturaleza humana y de la historia humana» y que quizá pudiera ser usada para influir en los políticos, pero sobre todo quizá pudiera ser «útil para crear una actitud más sana, ideales más puros, más inteligentes y más amplios en las mentes de los hombres» (1922*b*, pp. 218-219).

Estos ensayos en su conjunto se ocupan de la obra científica de Malinowski, por lo que yo no debo entrar aquí en el mismo terreno. Pero la influencia que Malinowski llegó a ejercer en su ciencia se debió también al impacto de su personalidad. En esta Introducción parece en consecuencia apropiado completar el comentario diciendo algo de Malinowski el hombre.

Malinowski era una personalidad compleja, sumamente inteligente, culta y dotada en muchas cosas con una sensibilidad muy fina. En el campo académico, aparte de su obra escrita, lo más importante fue su contribución como maestro. Creo que no puedo hacer nada mejor que citar en lo que sigue pasajes de algunas de las cartas que me escribió, así como de un tributo que yo le rendí poco después de su muerte [2]. Muy probablemente estos pasajes darán una impresión más fresca de la personalidad, del hombre, que la que pudiera dar una evaluación retrospectiva muy distanciada en el tiempo. En 1942 escribía yo: «... Casi más que cualquier otra cosa, Malinowski fue un gran maestro. Atraía a él a estudiantes del mundo entero y de una gran variedad de ramas del conocimiento.

¿Cuál fue el secreto de esta atracción suya? Naturalmente no es fácil describirlo. En primer lugar, creo que el secreto estaba en el verdadero amor que tenía a la enseñanza, en la vitalidad que introducía en sus clases y en el trabajo que se tomaba con sus estudiantes. No es que diera muchas conferencias o clases en el sentido usual; podía ocupar el podio con brillantez en ocasiones solemnes, pero lo que realmente le gustaba era el seminario, el grupo de discusión informal, en el que cualquier otro daba la conferencia. Inclinado sobre su manojo de notas en la cabecera de la mesa o hundido en su sillón, nada se le escapaba —ni una frase incompleta, ni un solo pensamiento poco riguroso, ni un solo punto sutil de énfasis. Con una pregunta suave, con una palabra cáustica, con el relámpago de un chiste, sacaba a la luz una falacia, exigía ulteriores

[2] Esto está tomado de una semblanza publicada tras una sesión conmemorativa convocada por la Asociación de Profesores Polacos de Universidad en Gran Bretaña y celebrada bajo los auspicios de la London School of Economics, el Royal Anthropological Institute, el Institute of Sociology, el International Institute of African Languages and Cultures, la School of Slavonic and East European Studies y la Association of Polish Professors and Lecturers in Great Britain. Los oradores fueron E. R. Marett, M. Ginsberg, H. J. Braunholtz, Raymond Firth y A. Jurasz. Presidió Sir William H. Beveridge.

explicaciones o presentaba bajo una nueva luz algo ya dicho. Al final, después de invitar a opinar a todas las partes, recogía los hilos de forma magistral, elevando toda la discusión a un nivel teórico más alto y colocándola en la perspectiva de problemas de mayor trascendencia.

Siempre era constructivo. Uno de sus dones era el de transformar lo que se había dicho de tal modo que resaltara su valor como contribución a la discusión. Hacía que cada miembro de un seminario sintiera que por ineptas que sus palabras hubieran sido, Malinowski había percibido las ideas y les había dado toda la importancia que merecían. Inspiraba también por el modo en que hablaba. Rara vez pontificaba; hablaba como alguien que buscaba él mismo conocimiento, un trabajador del mismo rango que pedía la cooperación de sus alumnos para una tarea común. Además, siempre insistía en sacar a la luz las raíces de la cuestión. Su pregunta constante era: "¿Dónde está el verdadero problema?" Y la respuesta la daba siempre no en términos de teorías académicas finamente construidas, sino del comportamiento de los seres humanos ordinarios. Daba igual que el asunto en discusión fueran los ritos iniciáticos de los kikuyu, la magia de la agricultura de los trobriand o las bases de la fe y la moral en Europa. Escribió mucho sobre los "salvajes" —muchos de sus libros llevan esta palabra en su título—, pero en el salvaje veía siempre al hombre, cuyos impulsos y emociones son comunes al salvaje y al civilizado por igual. Por eso sus enseñanzas nunca estaban lejos de la realidad. En cualquier parte del mundo que pudiera comenzar la discusión y con cualquier extraña costumbre que pudiera tratar, la importancia de sus problemas para situaciones humanas fundamentales nos resultaba gracias a él clara. La antropología para Malinowski no era simplemente el estudio del salvaje, sino el estudio a través del cual, comprendiendo al salvaje, podíamos nosotros llegar a comprendernos mejor a nosotros mismos. Este "coeficiente de realidad", como él una vez, bromeando, lo llamó, fue una de las razones de la excelencia de su trabajo de campo».

Pero fue también una de las razones por las que fue tan grande la influencia de Malinowski en la transformación de la antropología en un campo de estudio más accesible para los no especialistas interesados en cuestiones sociales de orden tanto teórico como práctico. Como los colaboradores de este volumen demostrarán, su perspectiva generalizadora fue un punto flaco en su intento de desarrollar proposiciones más rigurosas sobre fenómenos sociales. Con demasiada facilidad propendía a buscar comparaciones universales, no específicas. Pero eso mismo le ayudó a hacer sentir a especialistas de otras disciplinas que la antropología compartía con ellos un pro-

pósito común, un campo común, el de la conducta humana, un mismo tipo de generalizaciones: que podían coincidir en suma en un gran número de puntos de un modo dinámico y cargado de significación. Pero volvamos a sus relaciones con sus alumnos, a quienes sobre todo supo abrirles las puertas de la mente.

«Lo que hizo tan estimulante la influencia que Malinowski ejerció sobre sus alumnos fue que en ella se combinaban un gran número de cualidades: la sutileza y fuerza de su análisis, su sinceridad al encarar los problemas, su sentido de la realidad, su dominio de la bibliografía, su capacidad para integrar los detalles aislados en ideas generales, la brillantez y gracia con que sabía dirigir la discusión. Pero se debió también a algo más, a su liberal concepción del papel que ha de desempeñar un maestro. Uno de nosotros, un estudiante chino, me dijo una vez: "Malinowski es como un maestro oriental, es un padre para sus alumnos. Nos invita a su casa, nos encarga que transmitamos recados y a veces hasta que cocinemos para él. Y a nosotros nos gusta hacer estas cosas para él." Malinowski tomaba un interés personal por cada uno de sus alumnos; hablaba con ellos no sólo de sus problemas académicos, sino también de sus propios problemas humanos. Como con cualquier padre, sus alumnos no estaban siempre de acuerdo con él. Pero uno no podía dejar de sentir que Malinowski almacenaba una gran provisión de prudentes consejos que sabía expresar de modo inimitable y sagaz. Los diera seria o impertinentemente, uno comprendía que Malinowski compartía su preocupación, que sentía su disgusto como propio. Y cuando se producía una crisis —porque a veces se llegaba a discutir con él encarnizadamente—, Malinowski tenía una manera enteramente propia de dejar a un lado, de golpe, todas las emociones y poner el asunto sobre la mesa para analizar sus propios motivos con la misma imparcialidad que los de la otra persona. Esa capacidad suya de amistad y simpatía que iba bastante más allá de las relaciones maestro-discípulo contribuía a reforzar su atracción.»

Parte del éxito de Malinowski como maestro estaba en la forma en que sabía introducir a sus discípulos en la órbita de su propia obra, bien en calidad de asistente de investigación, bien como ayudantes informales. Tenía una gran fe en la preparación concienzuda de guiones para sus libros e incluso para sus artículos. Y esos esquemas resultaban de gran valor teórico para explorar y definir relaciones y conceptos. Malinowski no escribió casi ninguno de sus propios manuscritos (no sabía escribir a máquina), sino que los dictaba valiéndose de la orientación de esos esquemas. En torno a ellos se desarrollaban vivas y concienzudas discusiones que a veces le indujeron a darles una nueva forma. En cierto modo, este celo suyo por la argumentación ordenada fue el causante de que

Malinowski no llegara a hacer una descripción sinóptica de la cultura trobriand, omisión que le ha valido frecuentes críticas. Aunque naturalmente no fue esa la única causa. En una carta que me escribió poco después de regresar yo de mi trabajo de campo me daba algunos consejos sobre la elaboración de mis materiales: «Yo empezaría preparando los documentos tales como las fórmulas mágicas, las genealogías, los mapas y las cartas, los datos estadísticos, etcétera. Sin duda a estas alturas Vd. ya tiene un plan general de su trabajo futuro. Me pregunto si pensará Vd. dar ya de entrada una descripción completa y directa de la cultura tikopia, o si hará lo que hice yo, ir dándola a conocer por partes. Espero que haga lo primero: yo lo haría si pudiera retroceder diez años. Aunque desde luego tuve mis buenas razones para hacer lo que hice. Una de ellas ya la sabe Vd., la poca salud con la que en aquel entonces tenía que luchar y que me impedía entregarme realmente a la difícil tarea de manejar todos mis materiales. La otra razón era que en el tiempo en que yo empecé mi obra era bastante urgente presentar el punto de vista teórico que hoy llamamos "funcional", y la mejor manera de hacerlo era dar algunos fragmentos de mi material bien encajados en un marco teórico extenso.»

Otra cita de su correspondencia conmigo durante mi estancia en Tikopia es reveladora de su interés estético por el trabajo de campo. «He sentido mi pizca de "Sehnsucht" al leer lo del ruido de las rompientes en la playa y el zumbido de los mosquitos y de las moscas alrededor de la lámpara. Desearía haber estado en esa isla de Vd. y no en aquel feo caldero coralino de Boyowa. Siempre me gustó la proximidad directa del mar, y en las Trobriand no lo veía más que de vez en cuando. Me tenía que contentar con la desagradable laguna. Por otra parte, supongo que estará Vd. agotado por el ejercicio físico.» El ejercicio era una de las manías de Malinowski. Más de un discípulo suyo se acordará de aquellas largas caminatas entre los bosques de pinos cercanos a su chalet del Tirol meridional, y de la campana que avisaba para la cena y de las carreras colina abajo para llegar a tiempo.

Una de las cosas que en Malinowski les resultaban más difíciles de aceptar a aquellos que no estaban predispuestos a entregarse a él era su peculiar sentido del humor. Le encantaba jugar con las palabras. Despertó las iras de sus colegas con aquellas manifestaciones que hace en el prólogo de *The Sexual Life of Savages* y que tantas veces se cita contra él: «El magnífico título de la Escuela Funcionalista de Antropología ha sido otorgado por mí mismo en cierto modo a mí mismo y en gran medida por mi propio sentido de la irresponsabilidad.» Esta era su idea de una broma, como lo era el llamarse a sí mismo «el archifuncionalista» (1938*a*, p. XXXVI).

Así revelaba e incluso alardeaba de su propio egocentrismo, de su propia fe en sus logros intelectuales. Pero a la vez revelaba lo que nunca vaciló en mostrar, la comicidad y el patetismo de la figura humana en la escena del destino. Siempre le fue simpática a Malinowski la imagen de Arlequín.

En abril de 1935 recibí una postal desde Chicago con este mensaje de Malinowski: «Saludos de la Escuela Funcionalista Clásica (A. R.-B. & B. M.) —véase foto en la parte inferior del reverso— al Funcionalista de Londres (R. F. —véase parte superior—». El mensaje lleva la firma de B. M. Es una postal en color del zoo del Lincoln Park. En la parte superior del reverso se ve un orangután de aspecto solemne sentado en una silla contemplando fijamente el espacio; en la foto de abajo, dos orangutanes sentados el uno junto al otro sobre un montón de paja, sujetando y bebiéndose sendas botellas de leche que parecen idénticas. Completa la postal una sensata postdata: «Recuerdos de Rex» (o sea, de Radcliffe-Brow).

Como respuesta a una invitación para que asistiera a una recepción, envió la siguiente nota:

«El profesor B. Malinowski (funcionalista in partibus infidelium) se atreve a presentar su reverente saludo a la Señora...

(hiper- / epi- / meta- } funcionalista política.)

y la avisa de la inminente contingencia de una posible incursión del arriba citado a su recepción (30-VI-38).

Para contribuir a la persistencia del sistema social de esa reunión aumentando (contribuyendo)

a su
eunomia — o disnomia?

a su
euforia — o disforia?

a su
eulalia — o dislalia?

a su
eubolia — o disbolia?

a su
eukrecia — o diskrecia?
etc., etc.»

En mensajes como éste, en que se mofaba de sí mismo y de los demás, normalmente se las arreglaba para burlarse de alguna tendencia en boga, o de alguna jerga nueva, particularmente cuando era pomposa.

Hablando en público Malinowski sabía ser a su elección ingenioso y cortés o provocativo. Mas no siempre acertaba, y a veces resultaba pesado y poco divertido. A diferencia de Radcliffe-Brown, que siempre necesitaba rodearse de una armadura protectora, Malinowski no tenía miedo de mostrarse como era. Mas cada uno a su modo, los dos tenían una gran necesidad de afecto.

Vuelvo a citar de la semblanza que escribí en 1942: «Dondequiera que fuese, dejaba el impacto de su poderosa personalidad. Lo mismo en una reunión académica que en una fiesta social —le gustaban las fiestas— sobresalía por su apariencia, por su trato, por su clara inteligencia, por la brillantez de su conversación. Como todos los hombres de acusada personalidad, tenía sus puntos flacos, evidentemente, pero no servían más que para acentuar su distinción...

Además, tras esos puntos débiles se escondía otro aspecto de su personalidad. Quizá como reflejo de su aguda penetración científica tenía una gran sensibilidad emotiva. A veces ésta tomaba una forma casi melancólica. Desde su adolescencia mantuvo una lucha continua contra la enfermedad, una lucha durante la cual se las arregló para hacer más y dejar más hecho que la mayoría de los hombres. Y además estaba la tragedia de las enfermedades de su familia. Esto contribuyó a desarrollar en él el sentimiento de estar luchando contra un destino que le había ofrecido la copa del éxito, pero la había llenado con una amarga poción. A veces necesitaba terriblemente la amistad y todo el consuelo que sus amigos le pudieran dar.»

La enfermedad concreta que ensombreció casi diez años de su vida fue la de su mujer, que contrajo una afección incurable de columna. Hasta su muerte, en 1935, supo conservar con gran valor toda su entereza y su inteligencia. Mas él sufría, y en algunas ocasiones escribía casi desesperado. En una carta de marzo de 1929 dice: «Por esto podrá usted ver que por lo que a mí se refiere las cosas han cambiado notablemente. Aquella época de mis primeras enseñanzas, llena de esperanzas y de promesas, pasó hace siglos. Ahora vivo en un mundo diferente, gris, en los momentos mejores sin esperanza ni sentido, y en los peores una pesadilla imposible de soportar. Cierto, trabajo, y hasta me divierto y sigo luchando por mis ambiciones y por mis odios. Pero todo eso es una delgada superficie, gastada y de ingrato tacto y bajo ella no hay más que un horrible vacío.»

En cualquier otro se podría pensar que esto era teatro; pero Malinowski siempre era consciente de la posibilidad de engañarse a sí mismo y veía en la honestidad intelectual el supremo valor. En un ensayo poco conocido sobre la religión y la ciencia primitiva (1931*b*) hay pasajes sobre su agnosticismo y sobre sus sentimientos en relación con la religión que expresan su profundo sentimiento de la tragedia del mundo en que vivía: «¿Acaso el mundo moderno, con sus guerras devastadoras, con sus odios raciales, nacionales, de clases, con sus rapacidades y con su explotación, acaso este mundo nuestro está gobernado en realidad por esa revelación de la verdad y la armonía igual para todos los hombres? Yo no veo ni rastro de ese control. Y me siento mucho más cerca de las confesiones establecidas, tradicionales, que me atraen estética y moralmente y por las que siento profunda reverencia. ¿Hay alguna esperanza de salvar el profundo abismo que separa de la fe a la tragedia del agnosticismo? No lo sé. ¿Hay algún remedio? Tampoco esto lo sé. Quizá lo que pueda ayudarnos sea más honestidad, más sinceridad.»

Mas las circunstancias familiares de Malinowski cambiaron. En 1938 tuvo su año sabático y partió para los Estados Unidos, donde iba a permanecer hasta su muerte. Por temperamento no podía ser una persona enteramente feliz. Pero fue olvidando sus penas pasadas, y en los cinco últimos años de su vida volvió a encontrar la felicidad familiar, con sus hijas ya mayores y con su segunda mujer, la artista Valetta Swann.

Lo que entonces le preocupaba era la guerra. Malinowski no fue nunca una persona realmente patriótica en el sentido convencional del término. La guerra, al menos en el mundo civilizado, le parecía una negación de la cultura, destructora de los más preciados frutos de las artes creadoras. La primera guerra mundial fue un duro golpe para él, tanto por sus consecuencias personales como las internacionales. Temía las consecuencias que pudiera tener para su madre, que entonces vivía en Cracovia; desaprobaba el espíritu de cruzada que animaba a ambos bandos y tuvo sus propias dificultades personales por su situación política. En 1914 Seligman estaba preocupado por el futuro inmediato de Malinowski (que entonces estaba en Australia), porque se había enterado de que Malinowski era súbdito austríaco y por consiguiente técnicamente un enemigo. (Afortunadamente en aquel entonces la aplicación de las normas no era demasiado rigurosa y las autoridades permitieron a Malinowski que continuara con sus trabajos antropológicos.) Seligman escribió a Malinowski que las opiniones que le había oído expresar sobre los alemanes en general, le había hecho creer que procedía de la Polonia dominada por Rusia. Malinowski contestó: «Se asombra usted de que yo sea súbdito austríaco por el lenguaje despectivo que

me oyó usar ya antes de la guerra para referirme a los alemanes. Pero debe usted saber que los polacos, que son súbditos alemanes, son rusófilos notorios, y que los polacos rusos son mucho más propensos a no darse cuenta de la intensidad del peligro teutónico. En cuanto a esa cosa gallarda que se llama un "austríaco", no existe, es una pura ficción. En Austria nosotros teníamos el mejor de los tratos, y como confederación de pueblos verdaderamente autónomos, Austria era uno de los estados más soportables. Pero en cuanto lucha a favor de Alemania, Austria se hace estúpida y torpemente odiosa. Esta es mi *confession de foi.*» Como consecuencia de todo ello, cuando Malinowski recibía en Nueva Guinea inquietantes noticias de la guerra que le distraían de su trabajo y se lo hacían difícil, por decirlo con sus propias palabras, «se refugiaba en un estoicismo ègoísta y brutal».

Pero mucho antes de la segunda guerra mundial Malinowski había adquirido la nacionalidad británica y su actitud ante el segundo conflicto fue muy diferente. Aunque seguía pensando que la guerra destruía los valores fundamentales sobre los que se apoya la civilización, el totalitarismo le parecía un peligro todavía más mortal y más inmediato. Desde el primer momento fue un enemigo decidido y abierto del nacionalsocialismo y sus libros habían sido prohibidos en Alemania[3]. Una carta que me dirigió en 1941 expresa en parte cuál era su actitud: «Aquí, en mi refugio seguro y lejano, siento que daría cualquier cosa por poder estar en lo más reñido del combate. Es probable que sea una ilusión... Si por milagro Adolf perdiera pronto sus pantalones y hubiera ahí alguna probabilidad para la Antropología, preferiría infinitamente regresar... A pesar de mi pose y de toda mi afectación, *au fond* aquí me siento bastante desdichado, exiliado y sin posibilidad de hacer nada. Estoy intentando hacer toda la propaganda posible. Probablemente todo ayuda, por poco que sea...»

En el momento de su muerte, Malinowski era presidente del Instituto Polaco de Artes y Ciencias en los Estados Unidos. Siempre guardó un afecto sentimental a Polonia y siempre tuvo un benévolo interés por las cosas de Polonia; pero no parece que se considerara nunca polaco en un sentido político nacionalista. Sin embargo, las consecuencias brutales de la segunda guerra mundial parecieron despertar en él un nuevo interés, probablemente estimulado por la aparente identidad de la causa polaca con la causa del mundo. Su mujer comentaba que la invasión de Polonia le impresionó profundamente y pareció despertar sus adormecidos sentimientos de nacio-

[3] Véase el prefacio de su mujer, Mme. Valetta Malinowska, a su libro póstumo (1947). Véase también el capítulo de H. Ian Hogbin en este mismo libro.

nalidad y de solidaridad con los polacos. Tomó parte activa en la organización preliminar del Instituto Polaco y en la asistencia a los estudiosos polacos exiliados. Era una manera de apoyar la causa que a él le parecía de la libertad y de la civilización.

Esta introducción puede terminar muy adecuadamente citando una evaluación de uno de nuestros colegas americanos: «Porque respeto a Malinowski y a su obra lo he criticado con rigor. Predicó con elocuencia una fe intelectual. Pocos de los que hoy vivimos pueden elevarse hasta la apasionada sinceridad de sus mejores momentos» [4].

[4] Kluckhohn, 1943, p. 219.

1. EL CONCEPTO DE CULTURA EN LA OBRA DE MALINOWSKI

AUDREY I. RICHARDS

El concepto de cultura de Malinowski en la forma en que lo desarrolló inicialmente fue una de sus contribuciones más estimulantes al pensamiento antropológico de su tiempo. El término «cultura» se refiere a todo un conjunto de ideas a las que Malinowski concedía la mayor importancia y que le permitieron construir algunas de sus hipótesis más originales. Sus esquemas para el análisis de la cultura en sus diferentes aspectos constituyeron la base de los métodos de trabajo de campo que enseñó a sus alumnos.

Esta contribución de Malinowski a la teoría antropológica me parece que ha sido claramente infravalorada desde su muerte, quizá como consecuencia de las reacciones emocionales e intelectuales más bien extremas que entonces suscitó su obra [1]. Por eso es importante seguir la formación de estas ideas en su obra, y más importante aún dado que las últimas formulaciones de sus opiniones, tal como se presentan en un libro publicado póstumamente (Malinowski, 1944), son más confusas y más difusas que las formulaciones iniciales y dan poca idea del impacto que su obra tuvo sobre sus alumnos.

Aquí trataré primero de examinar las opiniones de Malinowski sobre la cultura en su relación con las teorías antropológicas y psicológicas de los mismos años veinte en que él las desarrolló; en seguida plantearé la cuestión de en qué medida estos conceptos proporcionaron realmente una base para sus propias hipótesis o estimularon la obra teórica de otros autores; finalmente trataré de dar cuenta de las reacciones que desde la muerte de Malinowski ha suscitado su obra y aun aventuraré algunas profecías acerca de los

[1] Por ejemplo, un reciente libro americano sobre el uso del término cultura (Kroeber y Kluckhohn, 1952) da someras referencias de sus hipótesis generales y ninguna en absoluto de sus trabajos más importantes sobre cultura y lenguaje y sobre cultura y tecnología. Y sin embargo, en 1931, Malinowski fue el escogido para escribir el artículo sobre «culture» en la *Encyclopedia of Social Sciences,* americana, lo que quiere decir que entonces se le consideraba como una primera autoridad en la materia.

futuros desarrollos que creo probable que se produzcan siguiendo las rutas que él marcó.

Términos como «cultura» o «estructura», usados en una obra sociológica, son inevitablemente expedientes heurísticos, meras formas de contemplar los hechos, y por eso como mejor puede captarse su sentido es estudiando el uso que de ellos se hace en el análisis de los datos. La mera definición en sí misma puede significar muy poca cosa, como muestra el sumario de definiciones recopiladas en el libro de Kroeber y Kluckhohn citado en la nota anterior. Tan fácil o tan justo como intentar entender sólo por una comparación de definiciones la revolución que se produjo en la antropología social en el segundo cuarto de este siglo con la introducción del concepto de cultura sería juzgar la contribución de Darwin a la ciencia sobre la sola base de su definición del término «evolución».

La definición que el propio Malinowski dio en 1931 afirma que «la cultura comprende los artefactos heredados, los bienes, los procesos técnicos, las ideas, los hábitos y los valores». También queda incluida la organización social, puesto que Malinowski declara que «no puede ser entendida realmente, excepto como una parte de la cultura» (Malinowski, 1931*a*). Como se ve, difiere muy poco de la famosa definición de Tylor de 1871, en la que se afirma que la cultura es «ese todo complejo que incluye conocimientos, creencias, arte, ley, moral, costumbres y todas las otras capacidades y hábitos adquiridas por el hombre como miembro de la sociedad» [2].

Para analizar más detenidamente el uso que Malinowski hace del término es necesario distinguir entre una variedad de preocupaciones intelectuales diferentes que para él se subsumían todas bajo esta sola palabra. En primer término, la cultura es para él el microcosmos tribal concebido como un todo indiviso que funciona, idea que, como Fortes (1953*b*) ha apuntado, resultaba nueva y estimulante cuando fue expuesta por primera vez por Malinowski y Radcliffe-Brown al principio de los años veinte [3].

Inseparable de esta idea es el énfasis que Malinowski puso en la necesidad de estudiar el «uso» o la «función» de las costumbres, las instituciones y las creencias que formaban parte de cada cultura, con

[2] La diferencia entre la definición de Malinowski y la de la mayoría de los antropólogos británicos de hoy es que él siempre incluyó en sus análisis de la cultura la organización social o la estructura social, mientras que Evans-Pritchard y sus secuaces la excluyeron. Mas la descripción que éste hace del «sistema social general» es muy similar al uso que Malinowski hace de la «cultura»: ecología, economía, instituciones legales y políticas, organización de la familia y el parentesco, religión, tecnología, arte (Evans-Pritchard 1951*a*, p. 11).

[3] Tylor hablaba de la cultura como un «todo complejo»; pero el énfasis lo ponía en la complejidad más que en la idea de totalidad.

todos los diferentes matices de sentido que Malinowski daba a la palabra «uso». En tercer lugar, Malinowski compartía con otros sociólogos y psicólogos de su tiempo la preocupación por la diferencia entre la herencia biológica y social del hombre y desde un principio identificó esta última con el término cultura. También desde un principio intentó analizar la cultura en cierto número de aspectos distintos que pudieran ser usados como esquema para la investigación empírica.

El concepto de cultura como un sistema bien equilibrado de partes separadas se encuentra en las dos famosas monografías publicadas en 1922 —*The Andaman Islanders,* de Radcliffe-Brown, y *Argonauts of the Western Pacific,* de Malinowski—. Por entonces Radcliffe-Brow usaba la palabra cultura casi del mismo modo que lo hacía Malinowski y sus posteriores definiciones de la estructura social incluyeron mucho de lo que Malinowski incluía bajo el término «cultura». Sólo hacían excepción la cultura material, el lenguaje y los sistemas de conocimiento y educación; los dos últimos no parecen haber interesado nunca particularmente a Radcliffe-Brown. Tanto Malinowski como Radcliffe-Brown trabajaron en islas pequeñas, donde la concepción holista de la cultura había de parecer más obvia que en áreas continentales con abundantes movimientos de pueblos y mezclas tribales. Los dos sufrieron la influencia de Durkheim, influencia que en Radcliffe-Brown fue permanente y en Malinowski transitoria. En la obra de ambos se supone tácitamente que es esencial para la existencia de las culturas su supervivencia continuada, así como que deben mantenerse, como Fortes (1953*b*, p. 4) dice, en un estado de equilibrio [4].

Verdad es, y es mérito que hay que reconocerle, que Malinowski se dio cuenta bastante pronto (1929*e*) de la existencia de conflictos en el interior de las culturas. En la sociedad trobriand él distinguió la presencia de roles conflictivos, de rivalidades expresadas en obligaciones recíprocas, de egoísmos y luchas por el poder, mientras que los isleños de Andaman fueron descritos por Radcliffe-Brown como un grupo unido y dedicado seriamente a expresar su cohesión social. Pero como Radcliffe-Brow, Malinowski parece haber creído que la cultura ha de mantenerse como un todo, y una de sus definiciones de la función de una costumbre o de una institución la presenta como el papel que desempeña en relación con la cultura como un todo. En 1926, por ejemplo, escribía que los hechos antropoló-

[4] V. g. Malinowski, 1931*a*. «La necesidad cultural es el conjunto de condiciones que deben satisfacerse si la comunidad tiene que sobrevivir y su cultura tiene que continuar.»

gicos habían de ser explicados «por su función, esto es, por el papel que desempeñan en el sistema integral de la cultura» (1926*a*, p. 132)[5].

Numerosos críticos han señalado que Malinowski no llegó nunca a describir una cultura como un todo, sino que se limitó a presentar la mayor parte de su obra en la forma de descripciones muy detalladas de aspectos particulares. El «holismo» en la exposición se limitaba al estudio de una institución sobre el trasfondo de la cultura total. Pero sería igualmente justo decir que Radcliffe-Brown nos ha invitado frecuentemente a estudiar y comparar «estructuras sociales totales» sin llegar él mismo realmente a describir nunca ninguna. Tanto la cultura como la estructura social total fueron usadas como expedientes para el análisis de datos y las dos fueron conceptos nuevos y estimulantes cuando fueron introducidos en la antropología británica y todavía conservan su valor para la enseñanza de la antropología.

Debemos recordar aquí que Malinowski tenía razones tanto emocionales como filosóficas para presentar el orden del cosmos tribal. Como sus dotes de etnógrafo de campo eran grandes llegó a lograr en gran medida una identificación personal con las gentes con las que vivía.

Como la mayor parte de los antropólogos que se han esforzado por comprender el sentido de las actividades tribales para las gentes que toman parte en ellas, Malinowski vio la sociedad trobriand como un sistema admirablemente equilibrado. Los intentos de cambiar las costumbres primitivas por la fuerza le afectaban profundamente, y como muchos de nosotros, sentía el deseo casi apasionado de proteger a las gentes con quienes había vivido en tan íntima unión prácticamente durante cuatro años. En su interés por la antropología práctica, expresado ya en fecha tan temprana como 1926, en su primer artículo de la Enciclopedia Británica, previno a los administradores contra la súbita alteración de las costumbres primitivas por razones sin duda intelectuales, pero en mi opinión también emocionales (p. 133).

Resulta difícil decir si la concepción holista de la cultura precedió en Malinowski a su interés por las relaciones entre los diferentes aspectos de la cultura o fue un resultado de este último. En sus afirmaciones de 1926, repetidas en 1929, aparecen ambas preocupa-

[5] Por una u otra razón, hoy rara vez se le atribuye a Malinowski esta opinión. De hecho, varios autores recientes han afirmado categóricamente que Radcliffe Brown concebía la función de una institución como el papel que esa institución desempeña en el mantenimiento de la estructura tribal, mientras que Malinowski no examinaba sus funciones más que en relación con las necesidades, principalmente con las necesidades biológicas. De hecho, las afirmaciones de Malinowski (1929*e*) y de Radcliffe-Brown (1935) sobre las funciones son casi idénticas.

ciones. La explicación de los hechos antropológicos no se encuentra sólo en el papel que cada uno de ellos desempeña en el sistema integral de la cultura, sino también en la manera en que están relacionados los unos con los otros dentro del sistema, así como en la forma en que el sistema está relacionado con el entorno físico. Sin embargo, desde un principio su obra estuvo dominada por el interés por mostrar la utilidad de las extravagancias aparentemente insensatas de lo que entonces llamábamos «salvajes». Su primer artículo se proponía demostrar que las ceremonias intichiuma de los aborígenes australianos, con sus danzas salvajes, sus cuerpos pintados y sus escudos simbólicamente tallados, realmente cumplía una función en su vida económica (Malinowski, 1921*a*). Después de su estancia en las islas Trobriand publicó su primer artículo extenso sobre la vida económica de los isleños, y en él mostró la misma determinación por probar que lo que a los europeos les parecía ser un inútil intercambio ceremonial de bienes realmente constituía una parte importante de su organización económica (Malinowski, 1920*a*).

La idea de que los ritos, las creencias y las costumbres, por extraordinarios que puedan parecer a un observador no participante, realmente satisfacen necesidades biológicas, psicológicas y sociales se convirtió en un lugar común en la enseñanza de la antropología. Ahora resulta difícil de creer que las enseñanzas de Malinowski a este respecto sorprendieran a sus alumnos como brillantemente nuevas. El cambio de perspectiva se debió probablemente al hecho de que las discusiones acerca de las funciones de los aspectos o de las instituciones de la vida tribal se resolvían por apelación directa al material recogido sobre el terreno en la colección de notas del propio Malinowski, extraordinariamente rica, o en las de sus primeros alumnos. Quienes escucharon sus cursos sobre los isleños trobriand recordarán su intensa concentración en las actividades de las gentes de las que hablaba y su insistencia en lo que realmente ocurría hoy y no en aquello que los antropólogos suponían que había ocurrido en el pasado. Esto daba a su obra una vivacidad que a los libros de texto entonces existentes e incluso a las mejores monografías contemporáneas, escritas por misioneros antropólogos, les faltaba. ¿Eran las apelaciones del parentesco una supervivencia de estadios pasados de la vida de la tribu? La respuesta, decía Malinowski, habría que buscarla en el material empírico: ¿cómo se usaban los términos de parentesco? ¿Cuál era el índice de contenido emocional? O, por dar otro ejemplo, ¿cuál era la función del mito o del cuento popular? La respuesta estaba en una descripción de cómo se recitaban realmente esas historias, las ocasiones y la forma en que se recitaban, fanfarroneando con jactancia, o con seriedad, o en tono de broma. Comparado con los libros de Frazer, Crawley Westermarck o Dur-

kheim, que en aquel tiempo leíamos, o con la obra etnográfica escrita por observadores que realizaban breves visitas a diferentes tribus —y aquí habría que incluir a Rivers o a Seligman—, esta forma de presentar los hechos resultaba tan vigorosa y estimulante que nosotros mismos empezábamos a imaginar que estábamos ya «sobre el terreno» [6].

El interés de los estudiantes se debía también parcialmente a la fascinación que ejercía un juego en el que la *chose donnée* era la necesidad de la costumbre o de la instituicón que se discutían para el individuo, el grupo o la sociedad. Si los isleños trobriand lo hacían o lo tenían debía suponerse que para ellos era necesario hacer aquello o tenerlo. La hechicería, por ejemplo, que el misionero y el administrador condenaban, resultaba ser una fuerza conservadora que apoyaba su sistema político o legal. La libertad prenupcial, que los europeos desaprobaban, también se describía como un sostén de las instituciones matrimoniales y una oportunidad que permitía la selección que asegurara la compatibilidad sexual. La covada dejaba de ser una excentricidad risible para convertirse en un mecanismo social para el reconocimiento público de los deberes del padre respecto del hijo.

Hoy en día aceptamos el hecho de que sólo como modelos de trabajo podemos describir las sociedades como todos perfectamente equilibrados, y estamos de acuerdo en que no es en absoluto necesario que sobrevivan bajo la forma particular en que el antropólogo las ha encontrado. Un reciente libro de Leach sobre el norte de Birmania es un ensayo sobre este asunto (Leach, 1954*b*). Pero en un momento en que la antropología social estaba luchando por establecerse como una ciencia empírica, el concepto holista de la cultura tuvo importantes efectos prácticos. Sus desventajas fueron algunas explicaciones forzadas construidas para comprender e incluso para idealizar las instituciones primitivas. Si existía la licencia sexual, por ejemplo, había que probar que era sociológica o biológicamente útil. Sin embargo, nadie ha verificado la hipótesis de Malinowski de que la libertad prenupcial ofrezca la mejor vía para la selección de un cónyuge satisfactorio y asegure matrimonios más duraderos. Una y otra vez su creencia en la importancia de cada institución dentro de una cultura para la existencia continuada de esa cultura, les granjeó a los antropólogos funcionalistas la acusación frecuentemente hecha por los administradores de que la antropología funcionalista no estaba preparada para consentir cambio alguno en las tribus que estudiaba. In-

[6] El cambio en el tipo de observación fue notado por todos. Véase el prefacio de Frazer a *Argonauts of the Western Pacific,* donde describe el trabajo de Malinowski como el estudio de la naturaleza humana en profundidad en vez de en superficie (Malinowski, 1922*a*, p. IX).

cluso se sospechaba que los etnógrafos apoyaban los asesinatos rituales o el canibalismo por la razón de que de un modo o de otro contribuían a la integración tribal.

Pero el aspecto positivo de la concepción holista de la cultura pesaba mucho más que las desventajas de estas exageraciones iniciales, porque dio nacimiento a un estudio continuo de la relación entre los diferentes aspectos e instituciones de las sociedades tribales. De este examen sistemático de las relaciones nacieron las más fructíferas hipótesis que Malinowski desarrolló en un nivel empírico: la conexión de la política con la religión y con la magia, o de la política con la economía y la tecnología, por ejemplo. El desarrollo de tales correlaciones dio origen posteriormente a los esquemas sistemáticos para el análisis de las culturas que más adelante describiremos.

Ignoro si las vehementes protestas que Malinowski hizo contra las reconstrucciones evolucionistas, difusionistas y pseudo-históricas obedecieron a razones teóricas ya desarrolladas antes de su trabajo de campo o si nacieron sólo como consecuencia de la observación hecha en lo que hasta entonces había sido el trabajo de campo más largo realizado por un antropólogo y, sobre ello, por un hombre con desusadas dotes lingüísticas, una vigorosa capacidad para el contacto personal y una energía aterradora. Sin duda, el concepto de cultura y la experiencia del trabajo de campo se prestaban mutuo apoyo. Hoy se han hecho ya numerosas protestas contra la idea de que los estadios evolucionistas o las supervivencias históricas pueden explicar las anomalías en los usos del parentesco o en las formas del matrimonio o en los ritos mágicos o religiosos. Las reconstrucciones históricas enteramente imaginarias para explicar costumbres actuales, las *just-so stories* de la antropología, como Malinowski las llamó, han cedido su lugar a recopilaciones cuidadosas de hechos históricos. Por todo ello resulta difícil imaginar la intensidad de la oposición que al comenzar los años treinta enfrentó en Londres a los difusionistas y a aquellos a quienes Malinowski estaba ya empezando a llamar funcionalistas. Los estudiantes de la School of Economics y los del University College de Londres, en aquel entonces centro de los estudios difusionistas, discutían incensantemente en los comedores estudiantiles y en las tabernas londinenses. Malinowski entablaba debates públicos con Elliot Smith y Perry. Las revistas publicaban *symposia* por los creadores de las dos escuelas inglesas (Malinowski, 1926*g*, 1926*i*, 1928*a*).

Malinowki era un hombre que en la discusión endurecía y extremaba sus posiciones y el lenguaje que usaba en las controversias se exponía a provocar oposición. El tono polémico de alguno de sus escritos puede hoy parecer excesivo; mas sin los esfuerzos de Malinowki resulta dudoso que la antropología social se hubiera estableci-

do tan rápidamente como una disciplina separada, independiente de la arqueología, la tecnología o la antropología física; al menos, es seguro que nosotros, en aquel tiempo estudiantes, nos sentíamos participantes en una cruzada por el derecho a usar el término «ciencia» para nuestros estudios.

Malinowski se apoyó también en su teoría de la cultura para protestar contra el estudio de rasgos culturales aislados para establecer conexiones culturales entre áreas separadas. Los objetos no debían ser estudiados *in vacuo,* sino contra el fondo de la cultura total en la que eran encontrados. No había que relegar el palo al museo, sino estudiarlo en la forma en que era usado, como palo de excavar, como báculo ceremonial, como bastón, como cetro, como vara para golpear. Kluckhohn y Kroeber escribían en 1952: «El mayor avance de la teoría antropológica contemporánea es probablemente el reconocimiento de que la cultura está constituida por algo más que los artefactos, los textos lingüísticos y las listas de rasgos atomizados» (p.52). En Inglaterra al menos, este avance fue debido en gran parte a la obra de Malinowski.

Gluckman (Bib. II. 1949 pp. 2-5) y después de él Evans-Pritchard (1951*a*, p. 58) consideran evidentemente que los prejuicios antihistóricos son parte esencial del funcionalismo de Malinowski. Gluckman sugiere que Malinowski se oponía a la historia científica tanto como a la anticientífica. Pero, en realidad, sus primeras protestas sólo se dirigían contra una historia conjetural «inventada *ad hoc* para describir hechos reales y observables, vía para la cual lo conocido y empírico viene a ser explicado por lo imaginario e incognoscible» (Malinowski, 1926*a,* p.132). En su libro póstumo, Malinowski retorna una vez más a esta misma posición. De hecho, nunca dejó de dar instrucciones a sus alumnos para que en sus esquemas para el trabajo de campo incluyeran una columna destinada a la historia.

Sin embargo, subsiste el hecho de que siempre le interesó mucho más el concepto que un pueblo tuviera de su propia historia que la historia real de ese pueblo. En el caso de la sociedad trobriand había muy poca historia documental que pudiera ser examinada; pero la importancia sociológica de los mitos y leyendas de ese pueblo para el mantenimiento de un sistema de estructuras de clan, sus derechos sobre la tierra y su magia, le causó una profunda impresión. Aquí está la raíz de su formulación del concepto de «carta institucional», que desde entonces, como dice Leach (1954*b,* p.211) se ha convertido en un lugar común de la antropología. Desde aquellos tiempos, nuestro conocimiento de las funciones sociológicas de las tradiciones históricas se ha desarrollado considerablemente y numerosos antropólogos han descrito la importancia del concepto que un pueblo tiene de

su propio pasado, de las genealogías que inventa para explicar sus instituciones políticas o de las sagas migratorias que sirven como títulos de sus derechos de propiedad [7]. Mas fueron las enseñanzas de Malinowski sobre las funciones de los mitos primitivos las que por primera vez inculcaron en las mentes de sus alumnos este concepto funcional de la historia.

Podemos detenernos aquí para pasar a considerar el segundo uso del término «cultura» como equivalente a herencia social o conjunto de fuerzas que inciden en el individuo nacido en una sociedad determinada. La idea de la cultura, considerada como las instituciones tradicionales, las actividades, los grupos sociales y las creencias de una tribu, difiere algo del mismo término considerado como la suma total de las fuerzas que condicionan al niño nacido en esa misma tribu, aunque los dos conceptos están, como es obvio, íntimamente ligados; de hecho, el uno es reflejo del otro. En este último uso de la palabra, es decir, la cultura considerada como las influencias tradicionales que actúan sobre el individuo en sociedad, se acerca mucho al uso más común en la antropología americana, como puede verse en la obra de Linton. Este es el concepto que subyace a los numerosos estudios sobre el tema cultura y personalidad que han aparecido en los Estados Unidos en los últimos veinte años.

Debe recordarse, sin embargo, que en los años veinte y al comienzo de los treinta, la diferencia entre la herencia biológica y la herencia cultural del hombre todavía era ardientemente debatida. La psicología de los instintos conservaba su influencia. El behaviorismo no había logrado aún el completo dominio sobre el pensamiento psicológico y antropológico que más tarde había de alcanzar. El cuerpo principal de las ciencias sociales no se había dado cuenta todavía de todas las implicaciones de la psicología de la Gestalt y del psicoanálisis. El libro de William McDougall (1908) con su lista de los instintos humanos había llegado a su edición vigésimo primera en 1932, y se pensaba que la mayor parte de las diversas formas de la conducta humana podían explicarse recurriendo a instintos tales como el de apropiación o el de agresión, la sexualidad o el gregarismo. Los especialistas en psicología industrial (por ejemplo, Ordway Tead, 1918) explicaban los problemas laborales en términos de instintos, y los expertos en delincuencia juvenil trataban del mismo modo el problema de la criminalidad [8].

Mas la marea comenzaba a bajar. El primer libro de J. B. Watson sobre el behaviorismo apareció en 1919, y el segundo, en 1924.

[7] Fortes habla de «historia falsificada o simulada» (1945, p. 26), Nadel de «historia ideológica» (1942, p. 72).

[8] L. Bernard (1925) da un análisis numérico de las referencias a diferentes instintos en libros populares y científicos.

El perro de Pavlov se convirtió en una figura importante en nuestras discusiones a partir de la traducción de 1927 de los cursos sobre los reflejos condicionados. *Our Social Heritage,* de Graham Wallas (1921), era aún un libro estimulante y discutible. La teoría de los sentimientos, de Shand, causó impresión tanto a Radcliffe-Brown como a Malinowski, y el primero usó su definición de «sentimientos» en *The Andaman Islanders* (1922, p.234). La *Interpretación de los sueños,* de Freud, se tradujo al inglés en 1910, pero el impacto de sus enseñanzas no se hizo sentir plenamente en Inglaterra hasta después de la aparición de la versión inglesa de sus *Collected Papers,* que comenzaron a publicarse en 1924-25. Los reflejos condicionados, los hábitos, los sentimientos, el carácter y la personalidad conformados los las influencias sociales, todas éstas son hoy ideas con las que todos nosotros estamos familiarizados; han pasado a formar parte de las lecturas aceptadas como recomendables para los estudiantes de primer curso. Pero hace veinte o veinticinco años, el behaviorismo, en su primera y exagerada forma, nos resultaba una idea excitante. Un reflejo de la excitación que suscitó esa nueva perspectiva se conserva en la novela de Aldous Huxley *Brave New World* (Un mundo feliz), publicada en primera edición en 1932.

Que yo sepa, Malinowski fue el primer antropólogo británico que aplicó los nuevos conocimientos sobre los procesos de condicionamiento al estudio de las sociedades tribales. No lo hizo, sin embargo, hasta el punto de centrar su interés en investigaciones del tipo de las que hoy se conocen bajo el nombre de estudios sobre Cultura y Personalidad. En su artículo de 1929 hay algunos pasajes que muestran que podría haberlo hecho. Desde un principio estudió la estructura social desde un punto de vista biográfico, exponiendo el desarrollo de los lazos sociales al mismo tiempo que el del niño que iba a verse envuelto en ellos hasta convertirse en miembro del grupo (Malinowski, 1930*a*). Sin embargo, sus intereses estaban anclados en el análisis institucional con demasiada firmeza, con una firmeza excesiva para que él acometiera un estudio sistemático del condicionamiento; tampoco recopiló una información muy detallada sobre el entrenamiento inicial de los niños trobriand. Lo que hizo fue dividir las fuerzas que constituyen la herencia social bajo diferentes epígrafes, tales como lenguaje, cultura material, actividades y valores, que de hecho no son sino los aspectos que él distinguía en la cultura, y sugerir cómo cada uno de ellos podía condicionar al niño. La cultura material, por ejemplo, la describió como «un laboratorio en el que se forman los reflejos, los impulsos y las tendencias emocionales del organismo. Las manos, los brazos, las piernas y los ojos se acomodan al uso de útiles hasta alcanzar la habilidad técnica propia y necesaria en una cultura determinada» (1921*a*,

p.622). El lenguaje lo describió como un condicionamiento de la laringe, capaz de formar hábitos lingüísticos y de permitir de ese modo la aparición de la cooperación humana. Ya en los primeros años de este tipo de estudios escribía sobre el condicionamiento cultural que actuaba sobre el organismo humano, transformándo los impulsos innatos y produciendo coacciones internas.

Malinowski no llevó más allá estas ideas en su enseñanza del método de trabajo de campo, aunque la ocurrencia de utilizar los diferentes aspectos de la cultura como base de un estudio sistemático de todo el proceso de aprendizaje muy bien podría haberse desarrollado fructíferamente por esta vía. Podría haber sido un útil correctivo para los estudios que se concentran exclusivamente en la importancia de las experiencias infantiles en la vida del niño y desatienden en correspondencia tanto las principales instituciones de su tribu como la estructura social en la que el niño ha de desempeñar una serie de roles sociales. Utilizando cualquiera de los cuadros de observación que para el trabajo de campo desarrolló Malinowski habría sido posible hacer un estudio sistemático de este tipo. Que yo sepa, nadie se ha apercibido nunca de estas posibilidades de su método biográfico, y su obra en este terreno debe considerarse como una de las muchas intuiciones estimulantes que él mismo nunca puso a prueba.

El behaviorismo condujo a Malinowski, en lugar de a ello, a nuevos desarrollos de sus ideas sobre la cultura, que para él fue siempre equivalente a la herencia social. «La herencia social —escribía en 1931 (1931*a,* p.621)— es el concepto clave de la antropología cultural.» En *Sex and Repression in Savage Society,* publicado en 1927, establece un contraste entre las bases instintivas del apareamiento y la procreación entre los animales y las formas de agrupamiento social, las normas legales, las creencias y los ritos que en el hombre rodean a este proceso biológico[9]. En su artículo de 1931 afirma que no existe instinto sexual que pueda explicar la gran variedad de costumbres humanas, de leyes e ideas que describimos bajo los epígrafes de cortejo y matrimonio, paternidad y familia. La satisfacción de las necesidades humanas básicas por las instituciones humanas tradicionales fue un tema constante en sus obras, del que se trata en otro lugar de este libro. En 1944, cuando se publicó su obra póstuma, tales ideas pueden haber parecido ya lugares comunes[10]; pero en los años treinta eran nuevas y sus opiniones sobre la cuestión de la herencia social fueron siempre uno de los temas pre-

[9] Yo he hecho un análisis del mismo tipo de las condiciones culturales que aseguran la nutrición en la sociedad humana (A. I. Richards, 1932).

[10] Cf. la crítica de Gluckman (1949).

feridos de sus conferencias para públicos no especializados. Tales ideas le llevaron a desarrollar su noción de necesidades secundarias. Si el hombre no puede cumplir procesos biológicos tales como el apareamiento y la procreación, la nutrición y la defensa sin la ayuda de normas e ideas y equipo tradicionales, entonces la cultura ha de ser considerada como un medio ambiente artificial o secundario absolutamente esencial para la supervivencia humana.

De aquí proviene el análisis de Malinowski de la cultura en imperativos, es decir, «condiciones que deben cumplirse si la comunidad ha de sobrevivir, y su sugerencia de que la organización económica, la ley y la educación sean descritas como imperativos instrumentales, y la magia, como la religión, el conocimiento y el arte, en su opinión también necesarios para la supervivencia del hombre, sean llamados imperativos de integración. De ahí procede también su concepción de las instituciones, que había de constituir una parte esencial de su obra.

La división de las necesidades en instrumentales, integrativas y derivadas no ha resultado demasiado fructífera como base para la recopilación y el análisis de los datos etnográficos ni para desarrollos ulteriores de la teoría sociológica. Los diferentes imperativos se solapan demasiado y la división resulta difícil de manejar. Pero el concepto de institución, que se deriva directamente de su estudio de las necesidades, no sufre de esos mismos defectos y ha mostrado ser un instrumento sumamente útil para la compilación y el análisis de los datos. De hecho Gluckman, en un artículo que por lo demás es muy crítico, lo considera una contribución importante y duradera (1949, p. 24). Este concepto explica el nuevo tipo de observación etnográfica que suele asociarse al nombre de Malinowski. En fecha tan temprana como 1929, Malinowski describió las instituciones básicas como grupos vinculados a una parte determinada del medio ambiente geográfico y provistos de un equipo material, poseedores de los conocimientos precisos para usar ese medio ambiente y ese equipo y de los usos lingüísticos específicos que les permitían cooperar, así como de normas y de leyes que gobernaban su conducta, y de un conjunto de creencias y de valores que poseían en común. Dicho de este modo no hay en la idea nada que sea asombrosamente original, pero al aplicarla a los datos etnográficos resultaba un estímulo inapreciable para el análisis. La canoa se describía en relación con el grupo de hombres que la construía y la usaba, con la técnica de su construcción, la magia usada durante ésta, las leyes a que se ajustaba el manejo de la embarcación y el reparto de la pesca obtenida gracias a ella, y los usos lingüísticos relativos a la construcción de embarcaciones y a la navegación. Los cambios modernos se analizaban en términos de cambios en uno de estos conjuntos de factores, que

podían o no llegar a hacer imposible el mantenimiento de la institución. La descripción que Malinowski hace del granero trobriand y de los grupos sociales, las normas y las creencias relacionadas con él (1935, capítulo VIII), supera en detalle a cualquier otra descripción hecha por un experto en tecnología que yo haya leído; y su superioridad reside en que Malinowski utilizó la técnica de descripción que acabamos de esbozar.

El concepto de institución fue posteriormente usado como base de una serie de esquemas que no eran en realidad más que expedientes ingeniados para asegurar la recopilación de datos en el trabajo de campo e incitar al etnógrafo a hacer correlaciones entre los diferentes aspectos de la sociedad. Con ello se perseguían dos fines: un conocimiento más profundo del funcionamiento de la actividad particular considerada y al mismo tiempo una comprensión de su relación con las actividades de la tribu como un todo.

Con el transcurso de los años, estos esquemas fueron haciéndose más complejos. El esquema que el propio Malinowski usaba en su trabajo de campo a partir de 1912 consistía en fichas subdivididas en los que entonces eran los epígrafes usuales en las monografías convencionales, religión, magia, pesca, caza, etc. En 1922, en una fascinante descripción de su método de trabajo de campo, publicada en el primer capítulo de *Argonauts of the Western Pacific* (1922*a*, pp.83s.), Malinowski defendió el uso de cuadros sinópticos para el análisis de los datos.

Sus posteriores esquemas de análisis eran más detallados. El primero estaba construido por medio de una serie de columnas verticales con entradas tales como medio ambiente, historia, conocimientos, lingüística, organización social, actividades (económicas, políticas, rituales), normas con inclusión de leyes, religión, magia y educación. Este esquema podía leerse vertical u horizontalmente. Así, por ejemplo, era posible tomar la columna de grupos sociales verticalmente y ver de una ojeada todos los principales grupos sociales de la tribu, o, dicho de otro modo, su estructura social; pero también era posible tomar la familia como uno de estos grupos y analizarla horizontalmente, relacionándola así con la cultura material (casa y mobiliario), con el medio ambiente (granja o propiedades familiares), con las actividades (agricultura, pesca, caza, actividades domésticas), con las creencias mágicas y religiosas en que se apoya la familia o con los rituales que ella practica, así como con los dogmas conexos al culto ancestral y hereditario que le es propio. De esta lectura horizontal resulta la institución de la familia y del matrimonio dentro de las series de Malinowski. Del mismo modo las actividades económicas pueden ser consideradas verticalmente, cuando el etnógrafo se interesa por trazar un cuadro de las principales actividades triba-

les que tienen lugar en diferentes estaciones o meses del año; pero también pueden ser consideradas horizontalmente, y el énfasis recaerá entonces sobre una institución económica particular, tal como la horticultura, y el esquema se utilizará para establecer correlaciones entre los grupos que practican esa actividad determinada, los conocimientos del medio ambiente y de las actividades que la horticultura conlleva, la magia asociada con la agricultura, la tenencia de la tierra y otras normas que gobiernan la conducta y el lenguaje de la horticultura. Si se deseara, este diagrama ampliado podría constituir la base de un esquema cultural.

Más característico aún era su estudio de instituciones específicas, siguiendo estas líneas, es decir, grupo o personal de la institución, cultura material, conocimientos, normas, creencias y estatutos o carta institucional. En estos estudios institucionales procedía a nuevas correlaciones que describía como esquemas de segundo y tercer nivel. La importancia de este estilo de trabajo en el entrenamiento de los etnógrafos está probablemente en el hecho de que el establecimiento de estas correlaciones acababa por convertirse en una segunda naturaleza. Era un hábito que no podía olvidarse fácilmente. Yo me he encontrado trabajando según este método tanto en una encuesta social con fines prácticos hecha en Glasgow durante la guerra, como posteriormente en un estudio sobre delincuencia juvenil en las colonias.

De hecho, el valor de este método está en que es posible aplicarlo prácticamente a todas las situaciones sociales, en tanto que los «modelos» que hoy emplean los etnógrafos especializados en el estudio de las relaciones sociales, por su propia naturaleza no pueden usarse más que para fenómenos de un mismo tipo, en su mayor parte relaciones de parentesco, y además, en mi opinión, sólo resultan útiles en sociedades primitivas y aisladas y, en consecuencia, más bien estáticas. Por otra parte, al seguir en el trabajo de campo el esquema de Malinowski, el etnógrafo se ve obligado a considerar unos mismos datos sucesivamente desde varios puntos de vista, tales como el punto de vista ecológico, el estructural, el normativo, el tecnológico y el dogmático, y así se ve forzado a realizar una recopilación más completa de material de la que resultan mayor cantidad de datos empíricos y nuevas hipótesis que brotan de ellos. Probablemente cuando Fortes (1953*b,* p. 1) habla de un nuevo tipo de etnografía a la que llama etnografía funcionalista, es en este tipo de trabajo analítico en el que piensa.

En su obra posterior Malinowski sugirió que las instituciones tal y como él las había definido podrían resultar las unidades ideales para el establecimiento de comparaciones entre tribus. A mí no me parece que esta sugerencia haya sido muy afortunada. Para fines

comparativos, la institución es una unidad demasiado grande y está constituida por un número demasiado elevado de variables como para que pueda ser manejada con éxito [11]. Además, en su libro póstumo, Malinowski parece no haber distinguido entre las instituciones principales, del tipo de la familia y del caudillaje, y las asociaciones de gentes agrupadas para propósitos comunes, tales como puedan ser una iglesia o un sindicato, y esta confusión hace todavía más difícil el programa de trabajo comparativo.

Pero el criterio de la comparabilidad en último extremo es irrelevante en el caso de una monografía etnográfica sobre una tribu desconocida. Nosotros no juzgamos el estudio de un historiador sobre el funcionamiento del sistema feudal en el siglo XIV en algún lugar de Inglaterra, sobre la base de los conceptos que proporciona para el establecimiento de comparaciones con algún otro país europeo. Lo juzgamos por el esquema institucional que usa, por el análisis que hace de los datos y por la percepción de los problemas sociales de que se ocupa su trabajo [12]. Es posible que el historiador espere que la acumulación de muchos estudios del mismo tipo permita percibir algunos rasgos generales en los procesos económicos y legales, pero en definitiva él avanza paso a paso. Los antropólogos han sido demasiado impacientes para construir sus generalizaciones del mismo modo constante, lento y sistemático. Quizá hayan estado influidos por las ambiciosas comparaciones de épocas, de estadios, de sistemas morales, a que se entregaban sus antecesores; seguramente han sentido miedo de presentar descripciones de sociedades primitivas que fueran meros catálogos de costumbres y no suscitaran problemas teóricos, es decir, de no hacer sino lo que hoy se suele llamar «mera etnografía».

Sean las que fuesen las razones de esta búsqueda de tipologías sociales que ha caracterizado a algunas escuelas de la antropología británica en los años cuarenta, sus presupuestos parecen hoy extremadamente optimistas. Radcliffe-Brown ha pasado muchos años insistiendo en el deber de los antropólogos de elaborar taxonomías sociales similares a las que han construido el botánico o el zoólogo. Ha incitado a los estudiosos a comparar «estructuras sociales totales»; mas él mismo no ha sido capaz de realizar una obra comparativa de acuerdo con sus propias instrucciones, salvo en los casos en que le ha sido posible limitar las estructuras a sistema de parentesco con una clasificación muy rígida de los parientes en diferentes cate-

[11] Véase M. Fortes (1953*b*, pp. 3, 4) y M. Gluckman (1949, p. 24) con otras críticas de las opiniones de Malinowski a este respecto.

[12] Cf. M. M. Postan (1939) con sugestivas comparaciones entre la metodología del economista y la del historiador de la economía, de interés para este extremo.

gorías, como en sus análisis de la estructura del parentesco de las tribus australianas (1931). Evans-Pritchard (1940*b*) ha hecho un estudio de este tipo sobre los niloto-camitas de Kenia, pero hoy parece haber abandonado los trabajos de este género. Yo pienso que debemos ser mucho más modestos. Hay en el mundo muy pocas áreas culturales en las que nuestros conocimientos de la estructura social y de las principales instituciones de las tribus que en ellas viven sean suficientes como para hacer posible el trabajo comparativo. Y en esas áreas la unidad de comparación no es la estructura social total, sino algún aspecto especial con un número limitado de variables claramente definidas, variables que resultarán más fácilmente perceptibles si se realizan estudios institucionales del tipo de los que Malinowski defendía y no si se comparan modelos de un tipo abstracto que más que animar al etnógrafo a que busque nuevos datos y establezca nuevas correlaciones tiende a impedir que lo haga [13].

Lo que ha ocurrido es que no se ha sabido reconocer la diferencia entre un esquema de análisis para aplicar en el trabajo de campo, un cuadro sinóptico en la terminología de Malinowski, y la presentación final de los datos en relación con un problema teórico particular. En esta última la exclusión de los datos irrelevantes puede resultar inapreciable. Pero para un etnógrafo principiante, inmerso como debe estarlo en principio en la investigación empírica, comenzar su trabajo usando un modelo abstracto preparado para el análisis final de los datos es elegir un camino dificultoso para su trabajo, si es que no se convierte en un impedimento definitivo.

La reacción contra la obra de Malinowski comenzó antes de su muerte en 1942, pero a causa de la guerra las nuevas enseñanzas no se hicieron sentir hasta mucho más tarde. La reacción tuvo un componente personal, pero en parte fue también un resultado del hecho de que sus métodos de trabajo de campo y de presentación de los datos recopilados habían conducido a la antropología británica a una encrucijada. *Coral Gardens and Their Magic,* un libro que es frecuentemente vituperado, pero evidentemente no tan frecuentemente leído, había llegado a los extremados límites del estudio institucional, estableciendo todas las relaciones de un conjunto de actividades, en este caso las instituciones de la agricultura, con la cultura total. Todos y cada uno de los aspectos de la cultura quedaban incluidos en él, la familia y el sistema de parentesco, la organi-

[13] En un trabajo reciente que hemos hecho en el East African Institute of Social Research, nos ha resultado difícil comparar los sistemas políticos en su totalidad en un área tan delimitada como la que ocupan los bantu interlacustres. Estamos procediendo gradualmente, comparando primero las bases de la selección del caudillo en dichas tribus y relacionándolas con las estructuras políticas totales.

zación política, la forma de propiedad de la tierra, los procesos técnicos, las creencias religiosas y mágicas y el lenguaje de la magia usado en la horticultura. Fue un extraordinario *tour de force*, pero no parecía práctico repetir un experimento como éste.

Pero además, al mismo tiempo que procediendo metódicamente a estas correlaciones, Malinowski extendía el campo de observación, comenzó a dar datos sobre individuos como los que daba sobre grupos, y sobre desviaciones en el comportamiento como los que daba sobre el comportamiento normal [14]. Sus isleños forcejeaban con las normas de la sociedad, se enamoraban, cometían adulterio, se suicidaban saltando desde la copa de las palmeras, fanfarroneaban, engañaban, disputaban y, nuevos argonautas, sufrían la irresistible y romántica llamada de peligrosas aventuras ultramarinas. Obedecían las prohibiciones del incesto con diversos grados de intensidad en el interior del linaje, del subclán y del clan. Decían una cosa y hacían otra distinta y en el calor de la disputa vociferaban acusaciones que nunca habrían hecho en respuesta a las preguntas del etnógrafo. Los discípulos de Malinowski se encontraron con que la masa de «documentación concreta», por usar una expresión suya, crecía alarmantemente. Una vez que se admitía la variación individual en la conducta humana —y era preciso admitirla—, los antropólogos se encontraban con que habían caído en la cansada rutina del método de la historia evenemencial y con que se veían obligados a usar datos cuantitativos [15]. El etnógrafo parecía estar convirtiéndose en una persona que intentaba averiguar cada vez más sobre más cada vez. La complejidad de las instituciones primitivas que tales métodos revelaron y sus amplios límites de variación comenzaron a alarmar a quienes eran lo bastante optimistas para creer que se podrían construir tipologías sociales inmediatamente y a aquellos que esperaban reducir su material a unos pocos y simples postulados abstractos. De Malinowski y de sus discípulos se pensó que habían recopilado demasiados hechos de demasiados tipos para que resultara posible un trabajo comparativo. Gluckman dijo de los datos de Malinowski que eran «demasiado complejos para el estudio comparativo», y tanto él como Evans-Pritchard lo critican constantemente por estar «sobrecargado de realidad cultural» (Gluckman, 1949, p. 15; Evans-Pritchard, 1951*a*, pp. 18, 40). No llegaron a la conclusión de que las compa-

[14] Como Firth señala, estaba interesado por «las cualidades de las relaciones sociales» tanto como por la existencia de estas relaciones. (Firth, 1951*b*, página 483).

[15] Raymond Firth usó datos cuantitativos desde un principio (véase especialmente Firth, 1939, 1946). Yo hice un censo —«amateur»— de un poblado (Richards, 1935). También I. Schapera insiste en la necesidad del trabajo cuantitativo (1949*a*, p. 106) y lo mismo Fortes (1949*b*, p. 59).

raciones en que ellos pensaban eran demasiado ambiciosas para el estado de nuestros reconocimientos, sino que en lugar de ello decidieron que sería mejor tener menos hechos para que las comparaciones resultaran más fáciles.

Un grupo de antropólogos británicos comenzó a insistir en que el dominio de la antropología social se limitara al estudio de las relaciones sociales o de la «estructura social», término que fue usado por primera vez por Evans-Pritchard en un sentido particularmente limitado para describir sólo grupos que tuviran un «alto grado de consistencia y constancia» (1940*a*, p. 262)[16]. El uso de modelos abstractos, especialmente de estructuras del parentesco, sustituyó a las descripciones del funcionamiento de la institución de la familia y el matrimonio en tribus particulares[17].

Durante algún tiempo pareció como si la retirada de *Coral Gardens and Their Magic* y de todo lo que ello significaba fuera a conducir a la exclusión de muchos datos que tradicionalmente se consideraban como pertinentes al objeto de la antropología social, así la economía, la cultura material o la mitología. Se sostuvo que la estructura social debería separarse claramente de los demás aspectos de la herencia social del hombre, y éstos quedaron subsumidos bajo el nombre de «cultura», una palabra que en los años de la posguerra se usó frecuentemente en un sentido casi peyorativo para describir una especie de saco de retazos y remiendos en el que guardar todos los hechos y todas las ideas por los que el antropólogo social no se interesaba por el momento.

Por lo que ahora se ve, este tipo de trabajo, sin duda estimulante, ha sido sólo un estadio pasajero en la historia de la antropología británica y algunos de sus defensores han ido gradualmente abandonándolo. Los grupos sociales con un alto grado de consistencia y constancia son contados, y la búsqueda de grupos de parentesco fuertemente formalizados en pueblos entre los que no existen, ha paralizado con frecuencia la observación y ha conducido a exposiciones de datos artificiosas e incluso distorsionadas. De hecho, la definición inicial que de la estructura social dio Evans-Pritchard sólo probó su utilidad en el estudio de sociedades muy simples y estáticas, obligando a su autor recientemente a ampliarla para incluir otros tipos de relaciones sociales[18].

[16] La «estructura social» en este sentido corresponde muy aproximadamente a la «organización social» que Malinowski pone como epígrafe de una de las columnas verticales de su esquema sinóptico.

[17] Véase Lévi Strauss (1953*a*), E. Leach (1954*b*) y Raymond Firth (1954) que discuten y critican el valor de los modelos en la observación antropológica.

[18] E. E. Evans-Pritchard (1951*a*, p. 16). El concepto de estructura de Radcliffe-Brown fue siempre más amplio y Firth ha subrayado desde hace tiempo

Por otra parte, también ha resultado enteramente imposible estudiar o describir la estructura social desgajada de la cultura, por la razón obvia de que los grupos sociales no existen *in vacuo*, separados de su entorno ecológico, su cultura material, sus leyes de propiedad de la tierra y otras normas que rigen los modos de poblamiento, sus creencias y, sobre todo, todas sus actividades y las razones por las que las practican. Si es que ha de hacerse un análisis verdaderamente fructífero de una institución desconocida o si han de formularse nuevas hipótesis que puedan ponerse a prueba sobre la base de la comparación, entonces esa separación es imposible. Frecuentemente es en la correlación de un aspecto de una institución con otro aspecto de otra donde se hacen visibles las variables que constituyen el objeto más interesante del estudio comparativo. De hecho lo que durante algún tiempo pareció ser un cisma o una división de los antropólogos británicos en dos grupos a veces llamados estructuralista y funcionalista, hoy no parece representar nada más que una diferencia de prioridades, intereses y presentación [19]. Firth describe la cultura y la estructura social como dos modos de contemplar los mismos datos (Raymond Firth, 1951*a*, cap. I, y 1951*b*). Yo sigo creyendo más conveniente describir la estructura como un aspecto de la cultura y espero que a partir de ahora los antropólogos se concentrarán en el examen de otros aspectos de la cultura tales como el ritual o la organización económica con el mismo detalle, de tal modo que podamos ver desarrollarse nuevas tipologías en estos terrenos. Lo cual no sería sino el desarrollo natural del trabajo iniciado por Malinowski con su análisis de la cultura.

La reacción contra la concepción de la cultura de Malinowski ha sido estimulante e instructiva, porque ha contribuido a hacer progresar los métodos de trabajo de campo y los conceptos antropológicos. El intento de aislar la estructura social puede no haber alcanzado sus objetivos originales, pero sí ha contribuido a dar mayor claridad y precisión a los términos políticos y de parentesco, tal como los usan Evans-Pritchard, Fortes, Gluckman y algunos de sus discípulos, y a facilitar la introducción de conceptos nuevos como el de «organización social», en la forma en que usa este término Raymond Firth.

Es cierto que algunos antropólogos se han alejado de la masa

la importancia de incluir en la estructura social las relaciones institucionalizadas de persona a persona (Firth, 1951*a*, p. 32).

[19] Evans-Pritchard ve una marcada diferencia entre libros como el suyo, *Witchcraft, Oracles and Magic among the Azande* (1937), y el de Raymond Firth, *We, the Tikopia* (1936) o los de Schapera. En su opinión el primero está orientado estructuralmente, mientras los otros son «mera etnografía, a nivel del realismo cultural». Críticos ajenos, en particular nuestros colegas americanos, no parecen ver esta distinción.

de datos descriptivos obtenidos por la aplicación de las técnicas etnográficas de Malinowski para concentrarse en el uso de modelos abstractos, y es posible que veamos formarse un campo especializado dentro del de nuestro trabajo —el estudio de los conceptos y las clasificaciones primitivas, estudio que por necesidad estará íntimamente asociado a la psicología y a la filosofía, puesto que en gran medida habrá de ocuparse de diferencias culturales en ideas, conceptos y símbolos—. Pero, por otro lado, otros antropólogos británicos han perseverado en la tradición del trabajo de campo de Malinowski, si bien han hecho grandes progresos en el difícil problema de manejar los datos empíricos, en gran parte por aplicación de métodos estadísticos tomados de los sociólogos. Las descripciones que Malinowski hizo de ejemplos de conducta y de carácter individuales, en su tiempo celebradas como un trabajo de nuevo tipo, hoy parecen ingenuas comparadas con las técnicas más sofisticadas que se usan en el estudio de las desviaciones individuales de la norma y de los procesos de cambio cultural por medio de diferentes tipos de tomas de muestras y de análisis de biografías.

Estamos asistiendo también a la creciente aceptación de la necesidad de subdividir en estadios bien caracterizados el estudio de una cultura alienígena. Para el etnógrafo que trabaja en un área nueva no parece haber alternativa tan fructífera como el estudio funcional de los principales grupos sociales, las actividades y los valores de una tribu, unido al examen sistemático de sus rasgos correlativos, y éste es el tipo de trabajo en que se han especializado los antropólogos. Pero un tal esbozo se considera hoy como una introducción para un estudio más detallado de una comunidad o de una institución particular que a su vez lleva al estudio cuantitativo cuando parece necesario verificar por este camino una hipótesis determinada [20]. Sobre esta base es sobre la que quienes se interesan por ellas pueden estudiar las variaciones individuales. Y finalmente llegará el momento de seleccionar con fines comparativos un número restringido de unidades aisladas, preferiblemente en una región, cuando las variables que las afectan resulten lo bastante claras. Porque si hay algo que nos haya enseñado la experiencia de los últimos quince años es la necesidad de precaución y humildad en los estudios comparativos.

De este modo, la concepción de Malinowski de la cultura, con todos los adelantos que en los métodos de la antropología se han hecho gracias a ella, sigue pareciéndonos un instrumento útil para el etnógrafo que comienza sus observaciones directas en una nueva sociedad no menos que para el teórico que analiza los datos que de ese modo ha recopilado.

[20] Cf. las propuestas prácticas que en esta misma línea hace Schapera (1953).